



# El clérigo y su humanidad durmiente.

A vueltas con Drewermann\*

## UN AUTOR FECUNDO Y CONTROVERTIDO

En 1989, con el título «Clérigos. Psicograma de un ideal»<sup>1</sup> apareció, en el mundo de habla alemana, un voluminoso libro, que ha desencadenado una fuerte polémica. Su autor, Eugen Drewermann, es un sacerdote católico, profesor de Teología sistemática y psicoterapeuta de orientación psicoanalítica, conocido por sus muchas publicaciones, en las que trabaja, con seriedad y competencia, en la síntesis entre Teología y Psicología de las profundidades.

E. Drewermann se cuenta entre los pocos autores que intentan traducir al lenguaje del evangelio los diagnósticos psicoanalíticos para lograr una nueva visión de la relevancia vital del evangelio. Conocedor profundo de la naturaleza humana, intenta expresar los puntos de vista psicológicos en el lenguaje teológico y en el de la tradición de la fe.

Merecen consideración los esfuerzos de E. Drewermann por mantener el diálogo entre psicoanálisis y teología moral<sup>2</sup>, que abre

---

\* SF se complace en reproducir esta «nota» publicada en la «Revista Seminarios», 39 (1993) 249-262

<sup>1</sup> E. DREWERMANN, *Kleriker. Psychogramm eines Ideals*. Olten 1989. 750 páginas de texto, más 150 páginas de notas.

<sup>2</sup> E. DREWERMANN, *Psychoanalyse und Moralthologie*, 3 vol. Mainz 1989/1993.

puntos de contacto sorprendentes e insospechados entre las dos disciplinas. Su libro sobre la guerra<sup>3</sup>, como todas sus obras, resulta fecundo en este diálogo interdisciplinar, pero a la vez no está exento de graves reparos teológicos.

En este intento de diálogo entre teología católica y psicoanálisis, las tesis de E. Drewermann en su libro "Kleriker" han despertado en amplios círculos de la opinión pública gran interés y discusión<sup>4</sup>. Su punto de partida no es compartido por todos y algunos argumentos se critican como unilaterales. Especialmente la perspectiva psicoanalítica que colorea todo el libro ofrece un amplio frente de puntos discutidos. El efecto Drewermann se ha traducido en convertirse en un autor de moda en las vitrinas de las librerías religiosas y haber dado lugar incluso a tesis doctorales<sup>5</sup>.

No es ésta la primera vez que una obra suya suscita un eco fuerte entre la crítica. Su intento de síntesis entre exégesis y Psicología de las profundidades<sup>6</sup>, motivó el duro ataque de G. Lohfink y R. Pesch a sus métodos exegéticos<sup>7</sup>, pero E. Drewermann supo defenderse bien mostrando su talento para la polémica en la respuesta a los escrituristas críticos<sup>8</sup>.

Quien lea sólo la crítica de G. Lohfink y R. Pesch puede tener fácilmente la impresión de estar ante uno de los herejes más importantes del siglo XX y tendrá que preguntarse en qué artículo de la fe cree todavía E. Drewermann. Pero no todo fueron anatemas. El Consejo de la Conferencia de teólogos pastorales alemanes apeló a los teólogos católicos y a los órganos directivos de la Iglesia para que no condenasen a E. Drewermann con precipitación. El Consejo acentuaba que tenía que mantenerse abierto el diálogo entre Teología y Psicología de las profundidades en interés de la honradez científica de la Teología así como de la credibili-

---

<sup>3</sup> E. DREWERMANN, *Der Krieg und das Christentum*, Regensburg, 1982.

<sup>4</sup> Cf. K. HILLENBRAND, *Priester heute*, Würzburg, 1990.

<sup>5</sup> En 1990 se presentó en la Facultad de Teología de Bamberg una tesis doctoral bajo el título «Comprender a Drewermann»: G. FEHREBACHER, *Drewermann verstehen*, Olten-Freiburg, 1991.

<sup>6</sup> E. DREWERMANN, *Tiefenpsychologie und Exegese*, 2 vol. Olten, 1984/1985; cf. también *Das Markusevangelium*, 3 vol. Olten-Freiburg, 1987/1988 y *Strukturen des Bösen*, 3 vol.

<sup>7</sup> G. LOHFINK-R. PESCH, *Tiefenpsychologie und keine Exegese*, Stuttgart, 1987.

<sup>8</sup> E. DREWERMANN, *An ihren Früchten sollt ihr sie erkennen*. Olten-Freiburg, 1988.

dad de la praxis de la Iglesia. La puerta de la comprensión no parecía definitivamente cerrada.

Sin embargo sigue todavía pendiente el conflicto con la Jerarquía, que tal vez no desee dar lugar a otro caso Küng y no esté dispuesta a debatir y negociar largos años al máximo nivel de la Congregación de la Fe. Prudente y paciente ha esperado antes de pronunciarse: los primeros intercambios de puntos de vista entre el arzobispo de Paderborn, Johannes Joachim Degenhardt, los expertos y E. Drewermann se remontan al verano de 1986. Finalmente con una carta del 7 de octubre de 1991 el arzobispo retiró provisionalmente a E. Drewermann el permiso eclesiástico que le había concedido en 1979 para enseñar Teología Dogmática en la Facultad de Teología católica de Paderborn. «La retirada del derecho de enseñar no significa sin embargo —escribe el cardenal Ratzinger a E. Drewermann— que Ud. no pueda hablar en público». A esta retirada de la *missio canonica* siguió en la primavera de 1992 la interdicción de predicar y a fines de marzo del mismo año se le prohibió hasta nueva orden el ejercicio de sus funciones de sacerdote, incluida la administración de sacramentos.

No es de extrañar que un autor con aspiraciones tan totales se haya creado muchos adversarios. Y de hecho tanto en el tema de la exégesis, como en el de los clérigos, ha levantado enconos por el tratamiento agresivo y radical que ha dado a sus planteamientos. E. Drewermann procede demoledoramente con las ciencias bíblicas habituales o con el sistema de la Iglesia e insiste doctrinariamente en que sólo el psicoanálisis puede traer la salvación.

Pero no todo el rechazo que experimenta E. Drewermann se debe exclusivamente a la acritud de sus afirmaciones. En parte es debido también a un rechazo de la misma Psicología de las profundidades, que puede poner en cuestión una serie de falsas seguridades. «Muchos sacerdotes tienen una actitud “ambivalente” frente a la Psicología de las profundidades, por una parte quisieran ser modernos, progresistas, y de acuerdo con ello comprender algo de Psicología de las profundidades, pero por otra parte tienen miedo de que sus concepciones anteriores no sean confirmadas por la Psicología de las profundidades y sean inducidos a una revisión de su comportamiento. Desde este conflicto buscan una Psicología de las profundidades que no les obligue a abandonar las representaciones tradicionales que se arrastran»<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> E. Ringel, *Tiefenpsychologie und Seelsorge*, en *Praktisches Wörterbuch der Pastoral Anthropologic*. Wien-Freiburg-Basel, 1975, 1074.

## PSICOLOGÍA PROFUNDA

La psicología científica nació en Alemania, en el siglo pasado, marcada por unos orígenes filosóficos, mientras en Rusia y en los Estados Unidos se imponía una psicología orientada hacia los métodos de las ciencias físico-matemáticas. En esta corriente científica se ignoran las vivencias interiores por ser subjetivas y, por consiguiente, poco fiables y el estudio se orienta hacia la conducta observable.

Opuesta a esta corriente se desarrolló una línea elaborada por médicos y que por ello tuvo poco contacto con los psicólogos. Como abanderado de esta tendencia hay que señalar a S. Freud (1856-1939), el padre del psicoanálisis. El nacimiento de esta escuela se suele colocar en 1900, fecha de publicación de la *Interpretación de los sueños*.

El psicoanálisis no presta atención a la conducta. Su interés está centrado exclusivamente en la vivencia interior, participada verbalmente. La conciencia psicológica es dependiente del inconsciente. El hombre está determinado en gran parte por procesos inconscientes, que hay que descifrar y hacer conscientes. Con el descubrimiento del inconsciente se descubrió un gigantesco continente de la vida psíquica.

Para los psicoanalistas ortodoxos, Freud era una autoridad intangible. Otros citaron sus teorías e hipótesis y las modificaron abundantemente. Se desarrolló, de este modo, una amplia corriente con diferentes escuelas y orientaciones disidentes, sobre todo después de la emigración, preferentemente a los Estados Unidos, de muchas destacadas personalidades en el campo de la psicología. A todo este conjunto de orientaciones, relacionadas con el psicoanálisis, se suele designar con el nombre de Psicología de las profundidades. Junto al psicoanálisis de S. Freud, se engloba en ella, la psicología individual de A. Adler, la psicología analítica de C. G. Jung, la psicología del Yo de H. Hartmann, la logoterapia de V. Frankl y otros autores, entre los que podemos mencionar a W. Reich, F. Künkel, E. Fromm y E. H. Erikson.

Nos hemos permitido esta breve digresión sobre la Psicología de las profundidades en atención a los posibles lectores de la revista. El otro polo de la cuestión —el clérigo— no precisa de desarrollo, aunque sí vale aclarar aquí que E. Drewermann utiliza en su libro el concepto de clérigo en un sentido amplio, es decir, como hombre o mujer de Iglesia. Incluye, por tanto no sólo a los sacerdotes, sino también, en igual grado, a las mujeres y hombres consagrados, que en sus conflictos psíquicos y posibilidades constructivas pertenecen al mismo mundo que los

religiosos. No son las diferencias jurídicas el centro de atención de este estudio, sino las estructuras psicológicas comunes a sacerdotes, religiosos y religiosas.

## **LAS INTENCIONES DE E. DREVERMANN**

El libro tiene como primera finalidad que el sacerdote o la religiosa aprenda a considerar los problemas psíquicos, a veces considerables, engendrados por su vocación personal no sólo como una especie de culpa privada, sino también como consecuencia de unas estructuras emocionales fundamentales del clérigo en la Iglesia.

La intención principal del libro resulta muy positiva. «Se trata de algo así como una pastoral responsable sobre los mismos curas de almas de la Iglesia, esperando con ello poder mejorar esencialmente en conjunto el estado de la pastoral» (p. 38). Todo lo que desea es contribuir al desarrollo del clérigo en el seno de la Iglesia.

No quiere que su libro sea un arma arrojadiza, ni pretende sembrar la polémica. Se trata por consiguiente de un propósito muy razonable y comprensible. Ahora bien ¿hasta qué punto ha logrado llevarlo a cabo?

El libro representa una defensa de los derechos de la naturaleza humana y un ataque convencido a la Iglesia que, según E. Drewermann, reduce la cuota de humanidad de sus clérigos. Con el instrumental psicoanalítico pretende recuperar al hombre que en el fondo de cada clérigo sobrevive anquilosado.

¿Qué se ha propuesto realmente el autor? E. Drewermann es un terapeuta y posiblemente el lenguaje provocativo, las afirmaciones rotundas y los brochazos en negro y blanco, allá donde debería percibirse un amplio abanico de grises, no sean más que herramientas de su terapia

En el género de los cuentos, utilizado psicoanalíticamente por E. Drewermann, podría verse reflejada también la causa salvadora intentada con su libro. «La Cenicienta» o «La bella durmiente» servirían para expresar el anhelo mesiánico de E. Drewermann, de, cual otro príncipe azul, rescatar, con la varita maravillosa del psicoanálisis, al hombre anquilosado y casi irreconocible que duerme en el hondón del alma de cada clérigo.

Para esta labor terapéutica de iluminar psicoanalíticamente los trasfondos motivacionales de su vocación, el sacerdote o el miembro de una comunidad religiosa, tiene que plantearse ineludiblemente hasta qué punto se encuentra retratado en el clérigo de E. Drewermann.

Mientras se trata –en la primera mitad del libro– de las estructuras emocionales fundamentales, queda un cierto margen para escaparse del implacable acoso psicoanalítico: frente a un ejemplo, siempre es posible aducir otro ejemplo en contra; siempre conocemos una religiosa o un sacerdote que no es así. Y sobre todo que personalmente uno se ha esforzado por no ser ese clérigo sin vida propia, sólo con la vida en préstamo del cargo. Existe siempre una diferencia, aunque sea pequeña, entre lo dicho y la propia persona. Sin embargo, en la lectura, a partir de la mitad de la obra, esta diferencia, este margen de evasión, se hace cada vez más pequeño. En el estudio de los consejos evangélicos el psicoanálisis obliga más intensivamente a un autoconocimiento, a tener que ser más honesto consigo mismo (p. 342).

La cuestión de la psicología de los clérigos tiene una importancia capital y se revela como el punto débil de la Iglesia católica. El psicoanálisis no pretende trabajar con reproches ni acusaciones, sólo quiere demostrar relaciones, tendencias, motivaciones, estructuras.

El material básico de la obra lo ofrecen muchas veces las entrevistas del autor con sacerdotes o religiosos. E. Drewermann aporta casos de su consulta psicoanalítica como ejemplos de la variada problemática psíquica de los clérigos. Como terapeuta ha escuchado largas horas las miserias morales y los desastres psicológicos de muchas personas consagradas. Desde ahí alza su voz con tonos proféticos de denuncia.

## **TESIS FUNDAMENTALES**

No pretendemos resumir aquí los varios cientos de páginas repletas de densa especulación psicoanalítica que componen el libro sobre el clérigo de la Iglesia católica. Se trata nada más que de entresacar y de resumir, lo más fielmente posible, algunos puntos fundamentales para que el lector pueda barruntar el olor y sabor de las aportaciones que, desde la psicología de las profundidades, ofrece E. Drewermann, como «psicograma de un ideal».

Las tesis fundamentales del «Kleriker» destacan claramente, ya que se van repitiendo insistentemente a lo largo de sus muchas páginas. La primera tesis fundamental se puede resumir así: los sacerdotes y religiosos no pueden desarrollar su personalidad porque no se lo permite su vinculación al ministerio. El clérigo no tiene una vida propia, tiene una vida prestada, tiene que existir a causa del ministerio y todas sus estructuras psíquicas en los tres niveles del pensamiento, la acción y el

sentimiento están subordinadas al sistema eclesial de superiores, fórmulas doctrinales y modos de comportamiento. Su acusación principal a la Iglesia católica es que no está interesada en que los hombres se desarrollen como personas en libertad. La Iglesia tiene miedo de que esto suceda, porque socavaría su sistema de dominio.

La segunda tesis fundamental es complementaria de la anterior: quien escoge el sacerdocio o una orden religiosa huye a lo puramente ministerial, busca refugio en el nimbo de ser especialmente elegido por Dios, porque con una profunda inseguridad ontológica nunca ha aprendido ni se ha atrevido a decir «yo» ni a manifestar sus propios deseos o sentimientos.

E. Drewermann habla de la angustia como situación fundamental del hombre y se refiere a teólogos como Lutero, filósofos como Kierkegaard o Sartre y psicólogos como F. Riemann. Utiliza el concepto de angustia para personas que nunca han podido creer en la justificación de su existencia, ilustrándolo con figura de Lucien Flerieur en «La infancia de un jefe» de J. P. Sartre. La angustia existencial pertenece —en todo caso parcialmente— a la vida de todo hombre que reflexiona y nota que no hay propiamente un fundamento interno para su existencia.

El clérigo posee una existencia que por razón de una extraordinaria intensidad de su inseguridad ontológica se vincula fuertemente a un ministerio público, para conseguir de allí la justificación, confirmación y capacitación para vivir. El clérigo escoge un mundo desprovisto de riesgos y acepta unas estructuras de seguridad a las que E. Drewermann pasa revista críticamente bajo el epígrafe «La vida simbólica o: una existencia in effigie»: la vestimenta, el rezo del breviario, la penitencia pública, la prohibición de amistades privadas, la separación de la propia familia, la seguridad del voto y la evasión en el servicio.

## ORIGEN DE LA VOCACIÓN

El segundo capítulo del libro insiste sobre el hecho de que una vocación religiosa tiene una vertiente psicológica. Hay dos aspectos a tener en cuenta. Uno se refiere a la naturaleza de las experiencias psicológicas cuyo origen se atribuye a Dios. El otro aspecto se plantea la significación que puede tener para una persona las experiencias que ha vivido y a las que atribuye un origen divino. E. Drewermann se plantea la cuestión de saber cómo un joven se considera llamado por Dios y cuál es el origen de esa fe.

En todo ello se presupone el tema de la vocación, tal como fue introducido en la Iglesia por los fundadores franceses de seminarios en el siglo XVII, ya que ni el vocablo ni la idea aparecen en los documentos del siglo XVI<sup>10</sup>. En todo caso, a diferencia de otras religiones, en la Iglesia católica la vocación toma la forma de una decisión personal, consciente, reflexionada.

La idea de que los motivos decisivos de la vocación de un clérigo se han estabilizado ya antes del comienzo de la pubertad, puede ser totalmente extraña para la mayor parte de los clérigos. En la conciencia de muchos sacerdotes, religiosos o religiosas, aparece de un modo tan fuerte lo que han influido en él las instituciones eclesiales, que creen haber recibido todo de la Iglesia. Esta visión de las cosas muestra no sólo una identificación de la propia existencia con los influjos y metas de la Iglesia, sino también una represión de la infancia. La mayor parte de las veces se reprime la infancia, todo aquello que en realidad le ha conducido a su vocación. No se admite que ciertas fuerzas inconscientes han podido jugar un papel decisivo en el florecimiento de una vocación.

El trasfondo psicológico que ha originado la vocación lo coloca E. Drewermann en la familia. Se puede presuponer que alguien que quiere llegar a ser algo especial en su vida, siempre se vió obligado psíquicamente a ser una excepción. Hay que imaginarse la psicogénesis y psicodinámica de unos hombres que por el destino de su infancia están obligados a llegar a ser algo extraordinario y a buscar lo extraordinario, pero que son demasiado débiles para lograr esto por la fuerza de su personalidad y en lugar de ello buscan su refugio en la objetividad de un ministerio sagrado.

¿Qué condiciones se han tenido que dar en el propio hogar familiar para predisponer a alguien a tomar el papel de clérigo en la gran familia de la Iglesia? Para dar respuesta a esta pregunta, disponemos de un rasgo importante que se puede designar como un exceso característico de responsabilidad (p. 269).

El matrimonio de sus padres, sus conflictos y su problemática son la causa primera en la biografía del clérigo. Uno de los mitos de los recuerdos de familia de la mayor parte de los clérigos es la creencia de que la convivencia matrimonial de sus padres ha sido de lo mejor

---

<sup>10</sup> M. H. Vicaire, *Le clergé catholique du XV au XX siècle*, en *Prêtres d'hier et aujourd'hui*. Paris, 1954, p. 196.



existente. En este juicio se mezclan muchas agresiones reprimidas y percepciones falseadas. Hay que notar el tiempo en que la madre bastante a menudo tenía que ocultar ante sí y ante su hijo el sacrificio fáctico de su vida, mientras buscaba colocar la dureza de su vida bajo una luz suave mediante una comprensión real o mediante disculpas compasiva (p. 285).

Para la formación de la psique de un clérigo se trata de que ya como niño, del lado de la parte más débil, se siente responsable por el conjunto de la familia y culpable de las diferencias familiares. Tarea de muchos clérigos desde niños ha sido estabilizar, mantener, salvar el matrimonio de sus padres y con ello a la parte más débil en el matrimonio (p. 297).

El estado clerical está unido estrechamente con la idea de sacrificio. Existe la opinión psicoanalítica que hace proceder la psicología del clérigo de la experiencia de un sacrificio fundamental (de la madre) al principio de la vida (del niño) (p. 282).

El sentimiento de inseguridad ontológica, que es el hecho fundamental en la motivación a ser clérigo, se comprende psicoanalíticamente como una consecuencia directa del sentimiento de no ser aceptado por parte de la primera persona de contacto (normalmente la madre). Es característico, en este caso, un cierto rechazo involuntario, p. ej. a causa de la sobrecarga psíquica de uno de los padres. Nace entonces un sentimiento de baja autoestima que conduce a la idea de la expiación y del sacrificio.

El caso más favorable y por eso también más frecuente para la psicogénesis de los clérigos se realiza en una situación en la cual uno de los padres, la mayor parte de las veces la madre, mantiene una actitud religiosa, y precisamente en contraste notorio con su cónyuge. La fijación materna es el motivo principal para la psicogénesis prácticamente de todo clérigo<sup>11</sup> (p. 638). Se cuenta como ideal de situación de partida para la génesis psicológica de una vocación clerical aquella en que uno de los padres, decepcionado emocionalmente con su pareja, se vincula a la comunidad de la Iglesia católica, como un sucedáneo; se presupone además que este padre o madre es percibido

---

<sup>11</sup> La fijación en la vocación al sacerdocio fue detectada ya hace años en una investigación J. CROTTOGINI, *Werden und Krise des Priesterberufes. Eine psychologisch-pädagogische Untersuchung über den Priesternachwuchs in verschiedenen Ländern Europas*. Einsiedeln-Zürich-Köln, 1955. Cf. K. G. REY, *Das Mutterbild des Priesters. Zur Psychologie des Priesterberufes*. Zürich-Köln-Einsiedeln, 1969.

dentro de la familia como el ejemplar y humanamente superior. Si se dan estas condiciones habrá que contar con una presión educativa extraordinariamente fuerte en dirección a ser clérigo más tarde (p. 338).

La elección del clérigo es una compensación de su inseguridad ontológica que marca toda su persona. Su propia identidad aparece sólo asegurada en la identificación con un rol. Y de ello se sigue: sólo cuando se logra generar hombres, que en su existencia son inseguros hasta las raíces, y cuando al mismo tiempo se les ofrece, como último apoyo, el corsé de lo oficial y del funcionario se puede considerar asegurada la vía de reproducción de los clérigos de la Iglesia Católica.

La vocación al estado clerical es el resultado de querer desmentir con los hechos la inseguridad ontológica, el sentimiento fundamental de culpa, las tendencias reactivas de reparación y los sentimientos desproporcionados de responsabilidad (p. 315).

## **LAS RELACIONES CON LA AUTORIDAD**

En las circunstancias en que se desarrolla la vida clerical, se producen naturalmente encuentros humanos, pero estos se configuran siempre como relaciones deshumanizadas, al aparecer la máscara del personaje en lugar de la propia persona, un conjunto de normas de un rol en lugar del Yo (p. 225).

En relación con los superiores domina el panorama una ambivalencia de sentimientos que se manifiesta en una mezcla característica de expectativas excesivas y decepciones, esperanzas y temores, fantasías de omnipotencia y temores de estar inerme (p. 237).

El núcleo de todo esto lo forma la falta concreta de claridad del ejercicio del poder dentro de la Iglesia. Nunca se comunica al súbdito lo que su autoridad competente realmente trama con él y lo que piensa de él; por razones de mantenimiento del poder, en la Iglesia sigue valiendo siempre de modo ilimitado la regla de que al superior no le está permitido a ningún precio dejarse ver las cartas; no tiene que comunicar como información su punto de vista, sus razones, sus intenciones y con ello exponerse a la discusión, sino que bajo el deber de la obediencia para el súbdito tiene que ordenar e indicar, de modo que al súbdito no le queda claro qué terreno de juego tiene para la negación. Esta inseguridad impide todo trato abierto entre superiores y súbditos. Realmente la Iglesia católica dispone desde hace siglos de una gran experiencia en estas prácticas de mantenimiento del poder mediante el «oscurecimiento» sistemá-

tico del superior, por un sistema de mantenimiento del secreto y por la extensión del temor (p. 240).

El clérigo como persona que tiene un ministerio no puede confesar nunca haber cometido un error, ya que la Iglesia para él no es una asociación humana, sino un producto de la providencia divina; aquí la obediencia a los hombres hay que considerarla como obediencia a Dios. El pensamiento clerical desde el Superego toma esencialmente la forma de un pensamiento de justificación sin condiciones, es decir, que está unido con una inevitable obsesión por crear ideología de todo tipo. Por eso una parte considerable de la inteligencia clerical tiene que emplearse en una finalidad apologética de la Iglesia (p. 112).

## REFERENCIAS LITERARIAS

Llama la atención su capacidad de lectura. Junto a las esperadas referencias a obras de teología, filosofía o psicología de las profundidades sorprenden especialmente las muchas referencias a obras de historia de las religiones, etnología, historia de la cultura, psicología social y antropología. Mención aparte merecen los testimonios literarios. Así aprovecha la figura de Lucien Fleurier en «La infancia de un jefe» de Jean Paul Sartre para ilustrar ampliamente la inseguridad ontológica del clérigo (p. 61 ss.) o la de Don Manuel en «San Manuel Bueno» de Miguel de Unamuno para expresar el conflicto entre el mundo subjetivo, puramente personal, de un sacerdote y el mundo del pensamiento debido a su cargo (p. 136 ss.). Las dificultades de los clérigos con la sexualidad se ejemplifican en la relación entre el sacerdote y Albine en la novela de Emilio Zola «Los pecados del abate Mouret» (p. 499 ss.). Además de esto, Hermann Hesse con su novela «Demian» (p. 566 ss), André Gide con su narración «La puerta estrecha», León Tolstoi con «Padre Sergio» (p. 516), o Tennessee Williams con «La gata sobre el tejado de zinc» (p. 259 ss) son, entre otros, testimonios literarios utilizados por E. Drewermann para ilustrar aspectos diversos de la psicología clerical.

E. Drewermann se acerca a los cuentos<sup>12</sup> con la esperanza de hacer posibles, con su ayuda, profundos y sorprendentes accesos a los contenidos bíblicos. También, de vez en cuando, recurre a este

---

<sup>12</sup> Drewermann-I. Neuhaus. *Das Mädechen ohne Hände*, Olten, 1981.

procedimiento para explicar aspectos de la génesis de la vocación clerical. Así el cuento de los hermanos Grimm, «Hänsel y Gretel» servirá para mostrar los efectos de la presión de la pobreza en el alma infantil y cómo puede ayudar a comprender mejor el trasfondo de los consejos evangélicos (p. 387). Otro cuento de los hermanos Grimm, «La muchacha sin manos» (p. 398) aportará también su luz a la elección de la pobreza y «El patito feo» de Ch. Andersen, caracterizará a las vocaciones clericales, que despreciadas por la vida, se encontrarán transformadas con la vestimenta del clérigo, bajo el velo de la religiosa o bajo el hábito del reverendo padre (p. 73).

## SOLUCIONES

Como aportaciones terapéuticas E. Drewermann propone que el psicoanálisis, el estudio de la conducta, la historia de las religiones y la etnología tendrían que entrar a formar parte de los planes de estudio en la formación de los teólogos, y no precisamente en el sentido anterior de asignaturas, sino como espacios de experiencia para la confrontación con la propia persona. Ya hace más de 25 años H. Stenger mostró lo fuerte que era de facto el interés de los estudiantes de teología por la psicología empírica<sup>13</sup>.

Así se tomaría más en serio, desde el trasfondo de la antropología del siglo XX, aquella definición de la filosofía medieval, según la cual el hombre es un «animal pensante» (p. 744). La importancia de la psicología profunda no es posible limitarla a ser la parte práctica de la formación y de la pastoral. La psicología de las profundidades exige nada más y nada menos que un cambio en la actitud de toda la conciencia y una transformación de la teología, sobre todo de las asignaturas principales: exégesis, teología dogmática y moral (p. 854).

Colectivamente espera un cambio positivo por la reforma de las instituciones eclesiales, es decir, por una psicoterapia colectiva de todo el sistema de la Iglesia (p. 854).

Un cambio dramático del panorama teológico en dirección de una inclusión fundamental del psicoanálisis y la psicoterapia en el discurso de las disciplinas teológicas principales; la exégesis, la teología moral y

---

<sup>13</sup> J. Calvo, *Los estudios de filosofía y teología en Alemania*, Seminarios, 17 (1962) 432 ss.

la dogmática no pueden más tiempo pasar de largo ante el sufrimiento psíquico del hombre (667).

## A VUELTAS CON DREWERMANN

Para estar legitimado para hacer una crítica válida del libro de E. Drewermann haría falta ser un experto en Teología y en Psicología de las profundidades (además del dominio de un idioma alemán, a veces plagado de extranjerismos). No es fácil encontrar puentes fiables –no meros charlatanes– entre estas dos orillas distintas y distantes. Un juicio desde una sola orilla, sería inevitablemente unilateral y no haría justicia al contenido global de la obra.

Se puede aceptar que no toda crítica que ejerce E. Drewermann es creativa. Alguna crítica hiere, es corrosiva y destruye en lugar de construir. Nadie está preservado de antemano de tal tentación. Pero que la crítica falle en determinados puntos no se puede emplear como argumento contra toda clase de crítica. La crítica debe contribuir al desarrollo, renovación y reforma de la Iglesia. Dentro de los muros de la Iglesia se precisa una cultura de la crítica, una tarea nada cómoda que hay que ejercer con valentía cristiana: «la verdad os hará libres». La crítica a la Iglesia puede surgir de falta de comprensión o incluso de falta de fe, pero puede también ser signo de una relación comprometida. No se puede tener gozo en la Iglesia si no se puede tomar conocimiento con realismo de sus defectos, faltas, debilidades y pecados.

Hay que conceder a E. Drewermann lo justificado de su intento, si uno ignora la polémica innecesaria y olvida el totalismo psicoanalítico con su pretensión de querer explicar todo.

Para E. Drewermann no hay estados intermedios. Constantemente plantea la alternativa entre dos extremos: o la opresión religiosa del sujeto o su desarrollo invariable; o la propia experiencia o una doctrina rígida eclesial; o la teología como interpretación de la realidad o como interpretación estéril de fórmulas transmitidas. Y sobre todo la oposición diametral entre el ministerio y ser uno mismo, que constituye el eje del libro y que en resumen es la causa principal de todos los males del clérigo de la Iglesia Católica.

Topamos con una reducción caricaturesca cuando se menciona, como elegidos de Dios, sólo las cuatro categorías siguientes: el rechazado en los juegos, la que se quedaba arrinconada en las fiestas del curso, la ingenua de pueblo de la que se burlaban todos, el «senador» de las

pandillas juveniles, acogido con sonrisas (p. 74). No es de extrañar que todos éstos, defraudados en sus nostalgias y expectativas ante la vida, vean en la vocación la vía para alcanzar amor y consideración ante Dios y ante los hombres. Pero no es aventurado suponer que, ante tal reducción, muchos clérigos, por mucha honestidad que pongan en su empeño, fruncirán el entrecejo y les van a ser difícil verse retratados en esa bandada de «patitos feos», e incluso tomarán los desahogos de E. Drewermann como una ociosa afrenta a su elección de vida.

Su método es el psicoanalítico, porque según su opinión es la única vía para desmontar los tabúes, represiones, ideales increíbles y exageraciones teológico-espirituales, corregirlos y superarlos mediante una visión más cercana a la realidad y a la vez más convincente religiosamente. No hay más vía que el Psicoanálisis y E. Drewermann es uno de sus vehementes profetas. Casi se podría decir que tiene una conciencia mesiánica de enviado.

Aunque tiene partes positivas, domina el tono crítico del psicoanálisis como iluminación y elaboración de deformaciones y patologías. El objetivo de la crítica no son tanto los clérigos, a los que se les ve más bien como víctimas, sino la Iglesia católica en su conjunto, con su teología, espiritualidad y pastoral y con sus estructuras que malogran el desarrollo personal de los clérigos.

E. Drewermann pone sin duda el dedo en muchas llagas abiertas de la Iglesia, pero quizá hubiese sido razonable plantearse, si esta tarea terapéutica no habría que hacerla con mayor precisión y tal vez también con una dosis mayor de benevolencia.

Es un libro que saca todos los registros de la polémica aguda y a veces del sarcasmo. ¿Por qué un prelado lleva sotana roja en lugar de una negra?, se pregunta E. Drewermann y prosigue con maliciosa sospecha. ¿Acaso porque a diferencia del triste negro de los estados inferiores, quizá ya han aprendido el arte de disfrutar de lo agradable de la vida, especialmente de la felicidad del amor, sin mancharse con vicios y pecados? ¡Nada de eso! Se envuelven en el color rojo de sus trajes, para estar más cercanos del sacrificio sangriento de los mártires (p. 174).

A propósito de unas citas del Sínodo de los obispos de 1990, sobre el servicio sacerdotal, no pierde la ocasión de hacer notar que «la lectura de estas líneas ofrece no sólo ocasión de regocijarse en aquel estilo balsámico de instrucciones de pastores superiores, que, totalmente en el tono de un saber por encima del mundo, parece eximido de toda pena de la tierra» (p. 369).

Hay afirmaciones que se podrán tal vez hacer del clérigo alemán, pero que raramente se podrán aplicar a clérigos de otros países. Así en lo que E. Drewermann llama «un specificum de la Iglesia católica» (p. 57): el clérigo toma una forma de vida que combina dos extremos opuestos: por una parte la tranquilidad placentera de su categoría de funcionario y por otra la forma de vida antiburguesa de los consejos evangélicos<sup>14</sup>. Quizá la única referencia al clero alemán se hace en el apartado consagrado a la pobreza, donde se dice que esta virtud se nota poco «especialmente en el clero alemán» (p. 370).

E. Drewermann es brillante y agudo en sus pensamientos, como cuando compara la actitud de la mayor parte de los sacerdotes hacia su obispo con la de los rusos antes de 1917, que vivían bajo el lema: «El zar está lejos». Entre los clérigos, apenas se encuentra alguno que espere de la Iglesia oficial otra cosa que no ser molestado en su trabajo. Sin embargo no se puede olvidar cómo y con qué intensidad ha sido interiorizado en los clérigos el «sistema» eclesial y además siempre hay momentos en los que de repente el «zar» está muy cerca (p. 98).

E. Drewermann escribe con sal y vinagre. A veces se va al libro con el mismo estado de ánimo que vamos al dentista. No hay que despreciar el estado clerical –nos dice el autor–, más bien hay que considerarlo «como desde un vapor del Rin se contemplan los castillos colocados en lo alto: con muchísimo respeto ante estas piedras testigos de una época de opresión y violencia y sin embargo al mismo tiempo aliviados y consolados por la manifiesta debilidad y aspecto de reliquias de museo de estos restos de una fase de la conciencia humana felizmente superada; siempre es hermoso cenar a la noche en los muros de una de estas fortalezas o celebrar una boda, pero más que un decorado romántico no ha quedado nada de la venerabilidad de estos edificios suntuosos medievales» (p. 30).

En el sacerdote o religiosa, que acepte indiscriminadamente las afirmaciones masivas de E. Drewermann, puede fácilmente surgir la duda de si no será uno de los mayores errores de su vida el haberse

---

<sup>14</sup> En los territorios que pertenecieron a la Casa de Austria, en la época de María Teresa o José II, el sacerdote fue un funcionario del Estado que servía al gobierno para procurar la felicidad del pueblo. Este trasfondo histórico y el modo y calidad de la financiación de la Iglesia alemana, condicionan que estas afirmaciones se puedan quizá hacer del clérigo alemán, pero no son tan adecuadas para el clérigo español o latinoamericano.

embarcado, como clérigo, en la sospechosa nave de la Iglesia. Se añora el equilibrio que F. Klostermann, profesor de Teología Pastoral en Viena, refleja en la última página de un manuscrito póstumo (murió en 1982): «El sufrimiento por la Iglesia es inevitable, porque nunca ha habido una Iglesia ideal, ni la habrá, en tanto existamos nosotros». Pero ciertamente en ese manuscrito se lee también: «El sufrimiento es también una tentación de volverse amargo y amargado, de hacerse ciego respecto a lo hermoso, bueno y santo en la Iglesia, también respecto a los santos, que a menudo ocultos, viven en medio de nosotros, y no ver otra cosa que lo oscuro y lo malo»<sup>15</sup>.

Sin embargo en E. Drewermann se tiene la impresión de que se ha quedado sólo con la cara negativa de la moneda como constitutivo de una Iglesia a la que no vacila en designar como «secta neurótica y neurotizante» (p. 654).

Queremos terminar este encuentro con el libro controvertido de E. Drewermann citando a un formador sacerdotal: «Si alguna vez caes en manos de un psicoanalista, se te desvanecerá la vista y el oído, cuando te descubra, qué motivos hay detrás de tu decisión a la vocación sacerdotal. ¡Pero esto no importa! ¡Dios puede servirse de ti a pesar de todo!»<sup>16</sup>.

FRANCISCO JAVIER CALVO GUINDA

Seminario de San Carlos. Zaragoza

---

<sup>15</sup> Citado por W. ZAUNER, *Freude an der Kirche* en *Diakonia* 18 (1987) 1.

<sup>16</sup> Cf. A. Fischer, *Querschnitte durch neue theologische Literatur*, en *Lebendige Seelsorge*, 12.